

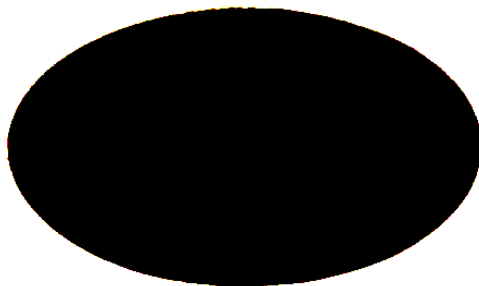
DOS RELATOS DE HUMBERTO MATA

*Humberto Mata*

60



## CONTINUOS



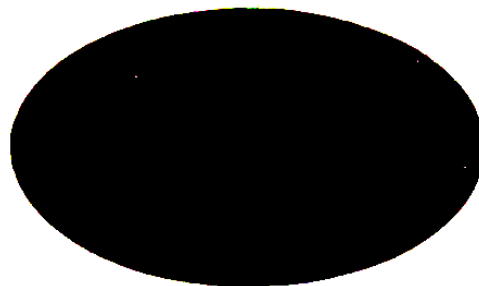
En realidad no se cómo explicarme, aunque no creo haya explicación. Si pudiera tan solo relatártelo. Veamos.

Todo comenzó el mes pasado. Para la noche mamá preparó la mesa en forma especial: era su cumpleaños. Comimos y bebimos, y las cosas marcharon muy bien hasta que me sentí mareado y confuso. Y ya no estaban aquí ni nuestros padres ni nuestros hermanos, sino una choza vieja y una isla solitaria; y el mar y la playa, todos negros. Eso fue el comienzo. Dos semanas después se repitió el mareo y la sensación de soledad. En esta oportunidad la isla estaba roja y desierta. El mar parecía no moverse y, sobre él, una embarcación que se acercaba. Veinte hombres desnudos, castigados por doce gigantes con larguísimos látigos. Afortunadamente, cuando pasó junto a mí estaban papá y mamá, muy asustados por mi comportamiento. La semana siguiente transcurrió sin novedades. Pero a la otra, vino de nuevo el mal. Esta vez no había choza, ni mar, ni playa. Solamente una gran extensión de piedras muy blancas que reflejaban la luz en todos los sentidos. Mamá caminando hacia mí, y los hermanos y papá que se alejaban molestos. Después todo se hizo violeta, y yo estaba exhausto y sediento. Mamá me besó la frente y, cuando todo pasó, habló con papá algo de un médico, mientras los hermanos se agolpaban en la puerta del cuarto. Nada ha sucedido desde entonces.

61

Nuestros padres están muy contentos —me lo han hecho saber— por tu rendimiento en los estudios, igual que por el de los demás hermanos. Mamá no escribe desde el mes pasado. ¿Se acostumbró a saberme solo en esta hermosa isla?

## JINETES DE LA LUZ



Mira, decía ella, observa cómo están hoy las rosas. Y él, con la pipa encendida, se sentaba a mirar las rojas rosas de Mercurio, en el porche de la casa rosada, con el pantalón viejo y las piernas cruzadas, como todas las mañanas en las mañanas de Mercurio, siempre a igual hora: la hora de los Jinetes de la luz. Entonces surcaban el horizonte y se alejaban —tal vez cuando él creía verlos ya pisaban otras tierras— sin más preámbulos que las rosas rojas y la vieja que se pasea delante del hombre con las piernas cruzadas y el pantalón desteñido

por el uso. Y en las tardes, cuando todo era más rojo —la casa parecía una bola de fuego—, el viejo contaba historias increíbles y tontas de cohetes espaciales. De hombres que pasaban siete días en viaje a la Luna y luego, en el regreso, eran esperados como héroes. De enormes riesgos y problemas. Cosas tontas para los jinetes que a esa hora regresaban, tal vez de otra Galaxia, y contestaban con historias aún más antiguas, pues sus vidas era un continuo retroceso en el tiempo, un infinito viaje hacia el pasado —alguna vez nos deleitaron con la fundación de Roma— Hombres condenados a no envejecer nunca, cuya única razón de existencia eran los trescientos mil kilómetros que sus cápsulas recorrían en un segundo.

Después el viejo se encerraba en su cuarto, debajo de la casa rosada; y la casa, debajo de la ampoya ambiental que cubría el planeta. Recorría con los ojos cansados todos los rincones —como siempre desde hacía muchos años— hasta llegar al cuadro situado en la pared. Entonces pensaba en otras cosas —nadie sabe cuáles— hasta el día siguiente, cuando la vieja decía algo de las rosas rojas de Mercurio y él cruzaba las piernas de pantalones rotos, sentado en la silla mercuriana, con la pipa encendida, en espera de los jinetes y de nuevas historias todavía más antiguas; de nuevas tardes enrojecidas y de un cuadro adherido a la pared, en algún cuarto de la casa rosada.

